LITORALPRESS

Fecha: 29-06-2025
Medio: El Mercurio
Supl. : El Mercurio - Cuerpo E
Tipo: Noticia general
Título: **El rescate del "MICROMUNDO de las monjas Clarisas**

Pág. : 4
Cm2: 1.518,6
VPE: $ 19.947.772

Tiraje: 126.654
Lectoría: 320.543
Favorabilidad: No Definida

Imagen izquierda. Mate con pie y dos asas con pajarillos. Siglo XIX. Arcilla. Colección Museo Histórico Nacional de Chile.

Tetera de color verde con aplicaciones doradas. Arcilla. Colección Monasterio Antiguo de Santa Clara.

PATRIMONIO | Vida monástica en la Colonia:

El rescate del "MICROMUNDO" de las monjas Clarisas

La historiadora Alejandra Fuentes González publica "Monasterio Antiguo de Santa Clara" donde da cuenta de los orígenes y oficios de las primera institución religiosa femenina de clausura, fundada en Chile en el siglo XVI. La autora explica que quiso revelar una "época de oro". Las crónicas hablaban de que habían 500 personas en el monasterio, inserto en una compleja jerarquización social y cultural que permeó estos claustros femeninos desde la Baja Edad Media.

MAUREEEN LENNON ZANINOVIC

En 2014, con el apoyo del Instituto de Historia de la Universidad de los Andes (Uandes) y un fondo de la Universidad de Harvard, se digitalizaron los archivos de las Clarisas de Antigua Fundación: un rico acervo de documentos que datan de 1600 y que reflejan que las religiosas llegaron a constituir verdaderos centros de trabajo y arte.

Afortunadamente este proyecto pudo ver la luz antes de 2017: triste fecha en que la última casa conventual emplazada en Puente Alto tuvo que cerrar sus celdas de manera definitiva, a consecuencia de la falta de vocaciones y los daños que sufrió el inmueble a lo largo de los años. Una situación crítica que llevó a que parte de la propia comunidad de las Clarisas solicitara ayuda a los monjes benedictinos. El fallecido premio nacional de Historia 1984, padre Gabriel Guarda a su vez tomó contacto con un grupo de profesionales de la Uandes, expertos en vida monástica femenina y, de esta manera, se revisó este patrimonio.

"Ayudé a catalogar y digitalizar este archivo, junto a Ximena Gallardo, gracias a una invitación que me hicieron las historiadoras Alexandrine de La Taille e Isabel Cruz. Ese proyecto duró, aproximadamente, dos años y decidí aprovechar todos esos documentos para mi tesis de doctorado en Historia en la Uandes", recuerda Alejandra Fuentes González (Viña del Mar, 1987), quien acaba de publicar, bajo Ediciones UC, "Monasterio Antiguo de Santa Clara. Un micromundo femenino de trabajo y contemplación. Santiago de Chile, siglos XVII y XVIII".

Se trata de un contundente volumen, con abundante material visual, que recoge su tesis y donde esta licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Magíster en Historia y Gestión del Patrimonio Cultural por la Uandes da cuenta de los orígenes y desarrollo del convento clariano y, sobre todo, la organización que desplegaron en campos manuales y artísticos.

Isabel Cruz de Amenábar, autora junto a la propia Alejandra Fuentes y Alexandrine de La Taille (actual directora del Doctorado en Historia Uandes), de "Cerámica perfumada de las monjas Clarisas. Desde Chile hacia el mundo" (Ediciones UC, 2018), escribió el prólogo y destaca que nacido en 1560, en la ciudad de Osorno y como beaterio, el Monasterio Antiguo de Santa Clara ha sido "depositario de un valor histórico y cultural único en nuestro país". Añade que el libro recoge un período específico, hasta 1825, con el inicio de los procesos de laicización de la sociedad y europeización de la cultura. Junto con ello, celebra que con este texto se reconstruye una labor a cargo de manos diligentes trabajando para otros, sin precios ni tarifas.

"Manos que se juntan en oración, manos que hilan, manos que bordan, modelan y amasan; manos femeninas a través de las que se descubren nuevas facetas de la laboriosidad de la mujer en la época premoderna", dice la historiadora. Afirma que textiles, cerámica y repostería son recuperados por Alejandra Fuentes, "insertos en la compleja jerarquización social y cultural que, pasados los momentos fundacionales de la orden segunda de los hermanos de los pobres, creada por Santa Clara de Asís en 1212, permeó estos claustros femeninos desde la Baja Edad Media al Barroco hispanoamericano", concluye Isabel Cruz de Amenábar.

> En el siglo XVIII, las cerámicas perfumadas de las Clarisas antiguas circularon tanto en el Reino de Chile como en otras latitudes de Hispanoamérica y de Europa, pues llamaban la atención no solo por su extraña procedencia y sus características estéticas, sino por sus múltiples propiedades sensoriales y terapéuticas que deleitaban a hombres y mujeres de las diferentes élites coloniales".

> Una parte central era el oficio divino y la contemplación, pero también estaban estas prácticas que daban cuenta de un micromundo donde vivían muchas personas y de diferente manera. La historiografía habla de una ciudadela conventual".

Sin una mirada reduccionista

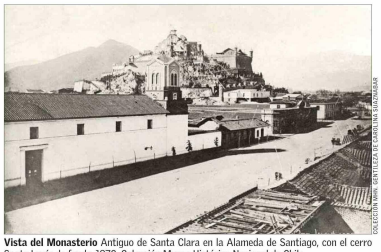
Es sabido que a lo largo de los siglos, la orden de las Clarisas llegó a convertirse en una de las familias monacales más sólidas y fecundas y traspasó fronteras. Prueba de ello es que es la primera institución religiosa femenina fundada en Chile.

"Se habla de Monasterio Antiguo porque, a fines del siglo XVII, se funda otro, a raíz de un conflicto con los franciscanos. La comunidad se divide, pero el original es de Osorno. El otro convento que se funda, a fines del XVII, sigue vigente hoy. Es el de las llamadas Clarisas de la Victoria o de Nueva Fundación (1663), en La Florida; y más recientemente hay otro: Santa María de los Ángeles, en Biobío. Ahí fue a parar el archivo, tras el cierre de Puente Alto", manifiesta Fuentes.

Luego del desastre de Curalaba en 1598, que significó la destrucción de todas las ciudades españolas al sur del Biobío, las mujeres dejan Osorno y terminan instalándose en Santiago en 1604. En la capital se presentan oficialmente como Clarisas, bajo la protección de Santa Clara y profesan en la regla aprobada por Urbano IV. Durante un largo período se ubican en los claustros de la Alameda, donde hoy está la Biblioteca Nacional; y su último cobijo fue Puente Alto.

La autora de la publicación destaca que le interesó trabajar tres aspectos: primero la historia del antiguo beaterio de Osorno y su llegada a Santiago. También la parte social, sobre todo los tipos de personas propias de esta vida monástica, no solo monjas, sino que también mucha población seglar como viudas, mujeres que buscaban protección, familiares de las religiosas, personas que trabajaban en el servicio doméstico y esclavas. "Quise revelar cómo funcionaba ese mundo jerárquico y en tercer lugar —que es el centro de la tesis— dar cuenta de las numerosas labores que emprendieron", comenta Alejandra Fuentes, quien forma parte del equipo de investigadores del Centro de Estudios Históricos y Humanidades de la Universidad Bernardo O'Higgins.

Agrega que se trata de un mundo desconocido y que, lamentablemente, ha sido visto desde una mirada más bien reduccionista, "como mujeres coloniales que no trabajaban y solo se pasaban rezando. Siento que había que darles su lugar y rescatar su vida cotidiana. Una parte central era el oficio divino y la contemplación, pero también estaban estas prácticas que daban cuenta de un micromundo donde vivían muchas personas y de diferente manera. La historiografía habla de una ciudadela conventual", apunta. La autora detalla que realizaron labores administrativas: gestionar un convento, las comunicaciones con los síndicos y el obispo, los registros de cuentas y las crónicas, trabajaron oficios manuales e incursionaron en el mundo de los cuidados. "Como ellas no podían salir al exterior, tenían que atenderse dentro del claustro y ahí se fueron generando especialidades", expresa.



Vista del Monasterio Antiguo de Santa Clara en la Alameda de Santiago, con el cerro Santa Lucía de fondo. 1870. Colección Museo Histórico Nacional de Chile.

Monjas Clarisas mostrando sus trabajos en el locutorio del monasterio. Colección de fotografía del Museo Histórico Nacional de Chile.

Alejandra Fuentes es investigadora de la Universidad Bernardo O'Higgins.

Las Clarisas endulzaron diferentes frutas con azúcar y miel.

Manuscrito del Monasterio Antiguo de Santa Clara, de Santiago de Chile.

Un crisol social femenino

Otro de los aspectos que profundiza es el trabajo que, al interior de los claustros, ejercieron variadas mujeres. Entre otras, las monjas de menores ingresos económicos, como las de velo blanco, quienes como no aportaban la totalidad de la dote y alternaban la vida contemplativa con el servicio a la comunidad. O las donadas, que no aportaban y, por ello, trabajan en oficios como la cocina y la enfermería.

"Pero también hubo mujeres que no llevaban hábito, mujeres libres que encontraban en el convento una oportunidad laboral y mujeres esclavizadas, que por su condición jurídica estaban obligadas a trabajar para las monjas. Estas últimas eran, en su mayoría, esclavas de origen africano. Hay todo un mundo del trabajo que evidencia redes y conexión con el exterior y que nos habla de un variado mundo en términos de prácticas culturales", sostiene Alejandra Fuentes.

La historiadora enfatiza que quiso desarrollar los años coloniales, previos a la Independencia (siglos XVII y XVIII), en Santiago. "La época de oro. Las crónicas hablaban de que habían 500 personas en el monasterio. Es una cifra relevante, en el contexto de un Santiago colonial con muy pocos habitantes".

Alejandra Fuentes habla de las Clarisas antiguas y su pequeña "industria" monástica. En cuanto a la costura y alfarería, elaboraron obsequios para agasajar a los bienhechores del convento con "pañuelos de primor" y cerámicas policromadas perfumadas que incluían, en algunas ocasiones, miniaturas de tela. Los pañuelos se entregaban, por ejemplo, a los sacerdotes que se encargaban de las misas en las fiestas religiosas, como sucedió con la fiesta de Santa Clara, en agosto de 1763. Las cerámicas, en tanto, se regalaban a las autoridades civiles y eclesiásticas que visitaban periódicamente a las monjas. Junto con ello, realizaron trabajos de aguja para agasajar a Cristo, confeccionando las vestimentas sagradas y los ornamentos litúrgicos, y para agasajar a la heterogénea sociedad intramuros.

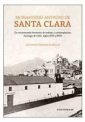
En el área de la repostería, la investigadora aclara que las Clarisas antiguas no escribían sus recetas, pues su tradición culinaria se transmitía de generación en generación, a través de la oralidad. Pero en sus libros de cuentas es posible revisar los ingredientes que utilizaron para sus preparaciones dulces, entre otras arroz, cebada, nueces e higos. Fuentes comenta que las frutas eran aderezadas con exóticas y lujosas especies orientales, como el anís, la canela y el clavo de olor. "En ello no solo incidían sus reconocidas y milenarias propiedades terapéuticas y antibacterianas, sino que también el agradable aroma que permitía que dichas elaboraciones deleitaran, al mismo tiempo, el gusto y el olfato de monjas y seglares", escribe la autora de "Monasterio Antiguo de Santa Clara". Detalla que aromatizaron los dulces de fruta, bizcochos, postres de leche y helados fabricados en el propio convento.

Finalmente, un aporte clave fue la cerámica policromada y perfumada, y para ello adaptaron diversos influjos artísticos propios de Europa y el mundo mediterráneo. Partieron fabricando piezas desde el beaterio de Santa Isabel de Osorno, hasta la década de 1980 y estas manufacturas fueron el resultado de un trabajo mancomunado intramuros, con aportes de las monjas de velo negro (con mayor poder adquisitivo), las de velo blanco y las llamadas donadas, pero también se sumaron criadas y seglares.

"En el siglo XVIII, las cerámicas perfumadas de las Clarisas antiguas circularon tanto en el Reino de Chile como en otras latitudes de Hispanoamérica y de Europa, pues llamaban la atención no solo por su extraña procedencia y sus características estéticas, sino por sus múltiples propiedades sensoriales y terapéuticas", explica Alejandra Fuentes González.

Concluye que es impactante cómo estas mujeres confeccionaron estas piezas "con aplicaciones de oro y perfumadas. Es impresionante el nivel de detalle de esta manualidad, y que también está presente en sus textiles y repostería. Hay un trabajo muy delicado y minucioso que solo ellas lo podían realizar. De verdad que ahí la mano de monja se nota: la paciencia, el detalle y el trabajo minucioso de la vida conventual", cierra la autora, que también acaba de publicar "Arte y memoria afrodescendiente en Chile" (Ril, 2025).

"Santa Clara de Asís con custodia". Siglo XVIII. Colección Monasterio Antiguo de Santa Clara, en Santiago de Chile. Pintor cusqueño seguidor de Diego Quispe Tito.



"MONASTERIO ANTIGUO DE SANTA CLARA. UN MICROMUNDO FEMENINO DE TRABAJO Y CONTEMPLACIÓN. SANTIAGO DE CHILE, SIGLOS XVII Y XVIII"
Alejandra Fuentes González
2025, 421 páginas
Ediciones UC
$30.000
HISTORIA